

Violencia etarra y etnicidad

Juan Aranzadí

«Todavía en nuestros montes y ciudades no están en la medida necesaria las unidades guerrilleras de patriotas vascos que pongan en jaque a los falangistas. Mientras que en Galicia, en Andalucía, en Extremadura y en Toledo y otros puntos de España se extiende la lucha de guerrillas y comienza a manifestarse más activamente la combatividad de las masas, *en Euskadi vamos todavía demasiado retrasados.*»

(Declaración del Comité Central del PC de Euskadi en Francia, 21 de enero de 1945)

La imagen que de sí mismos se han venido haciendo los *etarras* y que, hasta ayer mismo, ha venido funcionando en el País Vasco y fuera de él como una auténtica *representación colectiva* en el sentido durkheirniano ¹ les presenta como herederos de los *gudaris* (soldados nacionalistas del Gobierno Vasco en la guerra civil) y continuadores

¹ Una buena muestra del arraigo inconsciente de esa *representación colectiva* y su difusión internacional es el éxito reciente del film de Julio Medem *Vacas*, en el que a todos los estereotipos étnico-ruralistas sobre el País Vasco «tradicional» se añade la subliminal sugerencia de una ininterrumpida historia de violencia que sólo puede ser evocada por el espectador como una metáfora del presente.

de los guerrilleros carlistas en supuesta lucha contra la abolición de la «independencia» foral.

Esta imagen «legendaria» de una continua lucha violenta de los vascos por su independencia a lo largo de los dos últimos siglos es perfectamente congruente con el Mito fundacional del particularismo foral primero y el nacionalismo vasco después: el Mito de un pueblo vasco irredento, conservador desde tiempos prehistóricos de su raza, su lengua y su cultura y resistente a los sucesivos intentos de someterle realizados por los romanos, los árabes y las Monarquías «españolas» de los Austrias y Borbones².

La mayor parte de los acercamientos a lo que ha dado en llamarse «el problema vasco», y a ETA en particular, han buscado explicaciones de carácter histórico y político, dando por supuesto que la historia del pueblo vasco, su historia política reciente en particular, habían de iluminar las causas del recurso de ETA a la violencia.

El peligro del historicismo es que, al fetichizar inconscientemente el supuesto *sujeto* de la historia que estudia («el pueblo vasco» en este caso) promueve un *esencialismo étnico* (la supuesta existencia de un *mismo* pueblo que cambia a lo largo de la historia) que incita a

² Para una crítica de las sucesivas variantes, metamorfosis y transformaciones estructurales de ese Mito fundacional, cf. ARANZADI, JUAN, *Milenarismo vasco. Edad de Oro, Etnia y Nativismo*, Madrid, 1981.

La literatura nacionalista pseudo-histórica que ha intentado revestir con galas «científicas» los distintos componentes de esa Mitología (los Fueros como imposición a la Monarquía española de los antiguos «usos y costumbres», el igualitarismo social y la ausencia de feudalismo en el País Vasco, las guerras carlistas como guerras patrióticas en defensa de la «independencia foral», el nacionalismo vasco como reacción a la colonización española, etc.) es tan antigua e ingente como espuria.

Cuando, a partir de los años sesenta, diversos historiadores —entre los que hay que destacar por sus efectos desmitificadores a Otazu, Fernández de Pinedo, Fernández Albadalejo, García de Cortázar, Corcuera, etc.— procedieron a la documentada demolición científica de esas leyendas, el viejo esqueleto mítico buscó y consiguió llenarse de nueva carne legendaria sustituyendo la Historia por la Antropología: la obra de Barandiarán, inventor de una Cultura Vasca que debe más a las caducas teorías de la Escuela de Viena que al material etnográfico que le sirve de pretexto, prolijamente utilizada por especuladores baratos de toda laya, como Ortiz-Osés, permitió seguir manteniendo la ficción de una *etnia* radical, lingüística y culturalmente preservada desde la Prehistoria hasta hoy.

y cuando, en los años ochenta, quedó patente la inconsistencia antropológica de esa mitología de recambio, no faltó quien se prestara —como ZULAIKA, losEBA, *Violencia vasca: metáfora y sacramento*, Madrid, 1990— a reivindicar su valor simbólico como trasfondo movilizador de la violencia etarra interpretada como acción ritual.

interpretar sus acciones «políticas» (el recurso a la violencia en este caso) como determinadas por sus previas y *específicas* condiciones socio-históricas.

La interpretación que a continuación se ofrece parte de dos supuestos diametralmente opuestos:

1. Frente al esencialismo étnico entiende la *etnicidad* como un proceso social de construcción simbólica de diferencias y semejanzas entre grupos humanos, proceso que conlleva la *selección arbitraria* e incluso la *invención* de un conjunto de atributos y prácticas culturales de carácter lo bastante polisémico como para que su significado socio-simbólico dependa de su uso estratégico y su interpretación contextual³.

2. Frente al énfasis historicista en *Las causas* de la violencia, insiste en *La violencia como causa*, como centro de producción simbólica generador de etnicidad.

En su aplicación al estudio del nacionalismo vasco y las relaciones entre violencia y etnicidad esos supuestos implican dos postulados:

1. Las Naciones y nacionalidades no son realidades «naturales», sociales o culturales pre-existentes al advenimiento del Estado Moderno y a las que éste se hubiera adaptado o «debiera» adaptarse, sino que son criaturas suyas: *es el Estado Moderno el que crea la Nación*, bien produciéndola deliberadamente, bien suscitándola reactivamente, y los *movimientos nacionalistas* en lucha contra Estados ya constituidos no son esencialmente la expresión de alguna entidad socio-cultural previa dotada de subsistencia propia (es decir, de alguna etnia, pueblo o nación preexistente), sino la manifestación de la desnuda *voluntad* de institucionalizar políticamente una *comunidad* humana artificial y arbitrariamente delimitada, definida y configurada por el propio movimiento nacionalista.

2. Lo que define a una *etnia* o *pueblo* no es la posesión «objetiva» de una serie de rasgos socio-culturales correlacionados propios y diferenciales, sino la oposición «subjetiva» a otro u otros pueblos o colectividades: la mera *diversidad* no genera marca étnica, sólo la

³ Cf. al respecto BARTIL, F. (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, Méjico, 1976, y COHEN, A., (comp.), *Urban ethnicity*, Londres, 1974.

oposición convierte la diversidad en *diferencia*, haciendo surgir como su correlato dialéctico la *identidad*. La identidad de un pueblo, por tanto, no es otra cosa que su oposición a otros pueblos; su autoconciencia es siempre heterogénica, no nace de dentro, sino que es inducida desde fuera y necesita la «otredad» para conservarse. La contraposición étnica no preserva una identidad cultural previa, sino que la constituye, y una vez establecida, seguirá habiendo etnia mientras siga existiendo separación, discriminación, oposición, al margen por completo de los contenidos que separe. De ahí que la historia de una etnia no deba confundirse con la historia de una sociedad o de una cultura, sino con la historia de los diversos criterios que oponen una comunidad a «otras»: la historia de una etnia es la historia de las metamorfosis del mecanismo conservador de dicotomización étnica.

La hipótesis que a continuación vamos a desarrollar es que *desde los años sesenta a mediados de los ochenta el principal criterio definitorio de la etnicidad vasca es el rechazo al «txakurra»* (a los miembros de las Fuerzas del Orden Público y del Ejército) y que *la generalización y radicalización de ese rechazo absoluto* (que llega al punto extremo de la legitimación ético-política de su asesinato) *es un efecto simbólico de las acciones violentas de ETA*, cuya «lucha armada» se ve así de rebote plenamente legitimada para una minoría abertzale radical y cuando menos justificada, tolerada o disculpada para la mayoría de quienes se autodefinen como vascos.

1. La etnicidad vasca antes de ETA

Lo más cercano a un primer criterio de auto-adscripción étnica en el País Vasco es el que, sin oponerles todavía el resto de los españoles, diferencia entre los siglos XVI y XIX a los «vizcaínos» (que pueden ser de Guipúzcoa como el cervantino Sancho de Azpeitia) por su posesión de *hidalguía colectiva*, políticamente plasmada en la legislación foral y simbólicamente elaborada en la mitología de la nobleza universal ⁴.

A lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, la aguda crisis de la sociedad tradicional vasca (guerras carlistas, rápida industrialización, emigración masiva) disuelve los vínculos comunitarios tradicionales

⁴ CL AHANZADI, JUAN, *Milenarismo vasco...*• Tercera Parte, Cap. 1.2.

y priva de sentido a su elaboración mitológica foral, anulando así la vigencia social de la hidalguía colectiva como mecanismo etnogénico y planteando una «crisis de identidad colectiva» como consecuencia de la fuerte anomia social producida.

Durante el siglo XIX se van labrando una variada serie de *contraposiciones* (carlistas vs. liberales, euskaldunes vs. erdelldunes, católicos vs. ateos e inmorales, fueristas vs. centralistas, defensores de la modernidad vs. nostálgicos de una sociedad tradicional idealizada como Edad de Oro, etc.) que no se superponen o corresponden y cuya importancia jerárquica varía para unos y otros, por lo que no llegan a coagular en la génesis de una sola oposición étnica global configuradora de una clara autoconciencia diferencial.

Su síntesis y sistematización ideológica serán obra de Sabino Arana. Sabino, profeta regenerador de lo que se representa como el pueblo vasco agonizante, Mesías impulsor de una reacción nativista de carácter milenarista, entresacó de ese magma precedente dos rasgos principales, *la raza y la religión* (un catolicismo integrista «abertzalizado») como criterios dicotomizadores de la *etnicidad vasca*, elaborando ésta simbólicamente en el marco de una ideología nacionalista que es, en su núcleo esencial, una renovación carismática de la vieja mitología foral.

Pero el éxito fundamental de Sabino radicó en haber sabido dibujar la *nueva etnicidad vasca católico-racista* sobre el trasfondo definitorio de una nítida figura de «lo otro»: la imagen maniquea del *maketo*, de una España compedio de vicios y maldades, encarnación paradigmática del Mal Absoluto, frente a la cual resaltar farisaicamente las virtudes de «lo vasco». Supo elaborar toda una simbología y un ritual de nuevo cuño (desde la *ikurritla* y el neologismo *Euskadi* hasta un delirante santoral al servicio de la antroponimia abertzale) capaz de suministrar fáciles *señales de identidad étnica* a quienes no tenían a mano los suficientes apellidos vascos como para considerarse miembros de pleno derecho de una *comunidad nacionalista* que aspiró desde el principio a confundirse con el *pueblo vasco* sin más y llegó en gran medida a conseguirlo.

Durante el período anterior a la guerra civil el contenido de la «identidad étnica» vasca promocionado por el aranismo, la simbología y el ritual peneuvistas, la oposición al *maketo*, funcionaron como inequívoco mecanismo etnogénico, y la comunidad nacionalista no veía seriamente impugnada su auto-identificación con el pueblo vasco.

Pero la derrota en la guerra civil provocó la represión, dispersión y silenciamiento de la comunidad nacionalista e impidió el funcionamiento público de los dispositivos socio-simbólicos abertzales generadores de etnicidad.

Además, los restos agonizantes y clandestinos de la comunidad nacionalista se vieron confrontados, en su lento resurgir provocado por ETA en los primeros sesenta, al desconcierto simbólico provocado por varios fenómenos entrelazados: *a)* El abandono de la raza y la religión como criterios ideológicos de etnicidad y la diversificación ideológica del abertzalismo, con el consiguiente desconcierto general en cuanto al contenido de la identidad étnica vasca, definida ahora predominante pero no exclusivamente por la posesión propia de una lengua, el *euskera*, en acelerado proceso de desaparición. *b)* La difuminación de la oposición al *maketo* provocada por el acercamiento del nacionalismo etarra a la ideología socialista y sus intentos –al principio más retóricos que efectivos– de acercamiento a la población inmigrada. *c)* El cuestionamiento, desde sectores que insisten en autodefinirse como vascos, del derecho de la comunidad nacionalista a identificarse sin más con el pueblo vasco excluyendo del mismo a quienes no sean abertzales.

Fue en ese problemático contexto en el que ETA se decantó por la «lucha armada»: un mecanismo socio-simbólico más poderoso que toda ideología irrumpió en escena –*La violencia y La muerte*– imprimiendo a fuego y sangre su sello cohesivo y diferenciador sobre los nuevos «vascos».

2. ¿Elección o reacción?

Desde los años setenta hasta ayer mismo, una gran parte de la Comunidad Nacionalista regenerada por ETA ha vivido la violencia etarra como un *hecho quasi-natural*, como algo que «esta ahí» al margen o por encima de cualquier voluntad o decisión, como un proceso inevitable *generado* de forma espontánea y automática por la Sociedad Vasca, por las condiciones pasadas y presentes de la Cultura Vasca.

Durante este prolongado período, aún sin clausurar del todo, los militantes de ETA se han venido concibiendo a sí mismos –y han sido considerados por quienes les apoyaban– como simples *instru-*

mentos de un Sujeto Histórico que les trascendía y les movía, el Pueblo Vasco: generadas por la Sociedad, impulsadas por el Pueblo, las acciones violentas de ETA se eximían de toda responsabilidad individual, no necesitaban alegar motivo o justificación alguna ante la conciencia de sus agentes, aparecían como *necesarias*, como meros eslabones de una cadena a cuyo movimiento automático resultaba imposible escapar. La militancia en ETA y el recurso a la «lucha armada» no aparecían, a ojos abertzales, como una elección libre, sino como la asunción de una misión salvífica, como la toma de conciencia y la aceptación de un destino trágico exigido por Euskadi e impuesto por España.

Sin embargo, en contra de lo que piensa hoy día la mayoría de los nacionalistas vascos por efecto del éxito ideológico logrado por ETA, no es cierto que la violencia etarra fuera la *reacción* de una Comunidad Vasca culturalmente diferenciada frente a la represión violenta de su Identidad Nacional sofocada. Muy por el contrario, la violencia fue el *grito expresivo del anhelo minoritario* por alcanzar esa diluida, vaporosa y problemática Identidad, fue una reivindicación desesperada de existencia por parte de los residuos agonizantes de una Comunidad Nacionalista en aguda crisis de supervivencia que pugnaba por paliar su vacío y volverse tangible. No obstante, en la medida en que *el espejo de la violencia* dotó de una nueva imagen regenerada y fortalecida al maltrecho y exangüe movimiento nacionalista, produciendo con sus efectos una nueva y poderosa Comunidad Abertzale, la realidad así gestada pudo proyectarse hacia el pasado, prestándose a comparecer como prueba *a posteriori* de lo vetusto, arraigado y tradicional de la reciente invención.

No es cierto tampoco que el franquismo no dejara a la lucha política otra salida que la violencia, que el recurso a ésta se asemejara entonces a la legítima defensa, o que fuera una represión especialmente intensa la responsable de que sólo en el País Vasco cuajara una respuesta armada. Muy por el contrario, no sólo ETA empieza a actuar en un período de reblandecimiento y «apertura» del franquismo, lo cual hace que sus primeras acciones violentas sean percibidas como incomprensibles y desmesuradas «locuras» incluso en los medios políticos y familiares de la oposición nacionalista y anti-franquista, sino que puede documentarse que, comparativamente a otras regiones de España, la represión franquista fue en el País Vasco, *antes del nacimiento y actuación de ETA*, a la vez cuantitativamente

más extendida y cualitativamente más blanda y soportable, menos mortífera y cruel. Y ambas cosas por el mismo motivo: el hecho de que, entre los perdedores de la guerra civil, se encontraran la burguesía y la Iglesia vascas, ambas mayoritariamente nacionalistas y relativamente «tolerantes» con los facciosos durante la contienda. Son las acciones de ETA y su *deliberada provocación de la represión indiscriminada* las que, al convertir en real lo que no lo era, permitirán presentar como explicación histórica de su surgimiento lo que no es sino un patético logro político y propagandístico obtenido por la violencia etarra.

Violencia que fue *libre y deliberadamente elegida por ETA* y que hubo de vencer muchas resistencias internas antes de llevarse a la práctica. Con anterioridad a la percepción «naturalizada» de la violencia etarra, contemporánea de la «institucionalización social» de la compleja telaraña asociativa tejida en torno a ETA, el recurso a la «lucha armada» como instrumento político, su conveniencia o inconveniencia, su mayor o menor facilidad de aceptación por parte del pueblo, su legitimidad moral y eficacia política, fueron prolijamente *discutidas* en ETA a la luz de diversas ideologías y ejemplos históricos (junto a filiosionistas, fanonistas, guevaristas y maoístas, hubo también en la primera ETA pacifistas partidarios de emular a Gandhi) y en estrictos términos pragmáticos.

Es decir, el recurso a la violencia es asumido inicialmente por ETA como una *libre decisión*, discutible y nada obvia, una decisión en modo alguno impuesta, inevitable, necesaria o espontánea, una *opción* a favor y en contra de la cual es preciso alegar motivos, razones, argumentos, finalidades y previsiones.

ETA *elige* finalmente la violencia en el último lustro de los sesenta *porque* su ideología (mezcla de irredentismo sabiniano independentista, etnismo esencialista y «marxismo-leninismo» anti-imperialista) le lleva a representarse alucinatoriamente el País Vasco como una Nación colonizada y militarmente sometida por España, que sólo mediante la insurrección armada puede acceder a la anhelada independencia (como Argelia, Cuba o Vietnam).

Pero más revelador que ese delirante *por qué* resulta el explícito *para qué* de la violencia elegida. Entre las varias finalidades «tácticas» y «estratégicas» asignadas a la lucha armada por los primeros escritos de ETA como escalones hacia la toma del poder y la victoria

final se cuentan las siguientes⁵: a) Obligar a elegir, establecer una frontera, un criterio de demarcación entre abertzales y enemigos («que todos los vascos sepan que ha llegado ya el momento de la clasificación en héroes y traidores»). b) Hacer que ETA *cotice* en el mercado político de valores para llegar a una *negociación política* en una posición de fuerza («una violencia pegajosa, demoleadora, crónica, *rentable*, que nos haga cotizables»). c) *Provocar la represión* indiscriminada sobre «la población civil» y la consiguiente respuesta popular de solidaridad («obligar al enemigo a cometer mil torpezas y barbaridades; la mayoría de sus víctimas son inocentes, y el pueblo, hasta entonces pasivo y a la expectativa, se vuelve hacia nosotros»). d) Permitir y facilitar la propaganda y la «guerra psicológica» mediante la adecuada escenificación y manipulación dramática de los sentimientos provocados por la violencia («No puede haber *terror* revolucionario sin una *preparación escénica de tragedia*, sin romanticismo de la muerte. El poder se toma por fascinación... sólo la invocación y el hecho inminente de una gran tragedia colectiva es capaz de suscitar esa fascinación»). e) Convertir la libre elección de la violencia en un hecho necesario, impuesto («la violencia no la hemos elegido nosotros, los vascos: nos la han impuesto... Euskadi se halla en *estado de guerra* contra España y Francia»).

Aunque la concepción que ETA se hace de sí misma y de la realidad social y cultural del País Vasco sea desde el principio alucinatoria y megalománica, aunque los mecanismos socio-simbólicos responsables de los efectos de sus acciones escapen a su control y obedezcan a una lógica parcialmente autónoma, no se puede negar que, a partir del Proceso de Burgos, ETA obtuvo un elevado grado de éxito en el logro de esos objetivos «tácticos» asignados a la violencia.

Cuando las acciones de ETA atravesaron, con los asesinatos complementarios de Etxebarrieta y de Manzanos en 1968, la crucial *frontera de la muerte*, sus efectos sociales y simbólicos lograron *convertir en parcialmente real*, o cuando menos verosímil, la representación del País Vasco que ETA alegaba como realidad previa provocadora de su violencia.

⁵ Los fragmentos entrecomillados que figuran a continuación provienen de diferentes *Zutik* de los años sesenta y del folleto *La Insurrección en Euskadi* (1964). eL GURITZ JAUREGUI, *Ideología y Estrategia política de ETA*, Madrid, 1981.

La condición de posibilidad del éxito propagandístico de ETA fue, sin duda, la antes referida denegación mayoritaria en el País Vasco al Estado franquista del monopolio de la violencia legítima. Ello generó una hipersensibilidad ante la represión y la violencia estatal, cuyo efecto fue que -**aun** cuando al principio la inmensa mayoría considerase las acciones violentas de ETA como «locuras» incomprendibles, desproporcionadas y políticamente injustificables- al verse confrontados a una situación crítica de dicotomía y elección forzada entre los protagonistas de esas «locuras» y la represión franquista desatada por ellas, la opción de la mayoría de los vascos no pudiera ser otra que *contra* esta última.

Lejos de mí sugerir que fuera la lucha armada de ETA la causa principal de la crisis de legitimación del Estado español en el País Vasco. Para ello se bastó y sobró la larga noche franquista. Pero no sólo ella, pues la entrega de la representación nacional española en manos del Ejército realizada el 18 de julio por las clases dirigentes españolas no fue sino el resultado final de un proceso de construcción del Estado en el que éste -**en** palabras de Recalde- «no se afirma ni como monopolio legítimo de la violencia, ni como orden de leyes, ni como orden popular nacional»⁶.

La debilidad de la burguesía española, causante de una pronta alianza con la nobleza desvirtuadora de su inicial liberalismo, provocó que en la construcción del modelo de Estado centralizado y oligárquico elegido, dada su propia incapacidad para obtener un consenso social amplio, jugara un papel desmesurado el Ejército, convertido así más en espina dorsal que en brazo armado del Estado y permanentemente proclive al «pretorianismo» en virtud de su presunta encarnación de la esencia de la Nación. Esta continua tutela militar del poder civil, generadora de la autoatribución por el Ejército de una especie de «legitimidad» propia, ha venido dificultando la consolidación en el Estado español de una *legitimación racional* entendida como «la capacidad de un orden político de merecer reconocimiento» (Habermas).

Agravante adicional para ello fue la falta de arraigo en Partidos e instituciones políticas y estatales de las ideologías y prácticas liberal-democráticas (frecuentemente sustituidas por la corrupción y el caciquismo), así como la ausencia, con funciones de justificación «na-

6) eL RECALDE, JOSÉ RAMÓN, *La construcción de las naciones*, Madrid, 1982.

turalista» del Estado, de un nacionalismo español moderno merecedor de tal nombre: sólo el viejo patriotismo imperial-católico, mejor o peor aderezado con ribetes regeneracionistas, hacía de soporte ideológico del Estado, derivando con frecuencia, dada la función ortopédica del Ejército como instancia unificadora exclusiva, hacia un militarismo que veía en éste el soporte y salvaguardia de la Patria, de su «sagrada» Unidad.

Ahora bien, si por una parte la profunda quiebra de legitimación del Estado español que el franquismo supone es condición de posibilidad del nacimiento de ETA y de su recurso a la violencia, así como también de la justificación o disculpa de ésta por parte de amplios sectores del pueblo vasco, por otra parte, la acción armada de ETA tiene como efecto principal la intensificación de esa quiebra, su generalización, difusión y explicitación, su manifestación pública y notoria, así como la *elevación a la categoría de mecanismo de dicotomización étnica de la denegación al Estado del monopolio de la violencia legítima*. Este segundo efecto explicaría el empecinamiento etarra durante la difícil transición democrática en impedir por todos los medios la recomposición democrática de la legitimación del Estado, pues tal logro -como la experiencia de estos últimos años ha venido a demostrar- supone la disolución de dicho mecanismo etno-génico y, con ello, el desconcierto en cuanto a las señas de identidad étnica y la ruptura y disgregación de la comunidad nacionalista simbólicamente ligada a ETA desde los años sesenta.

Por otra parte, no es descabellado interpretar el lugar que ETA se asigna a sí misma en la construcción de la Nación Vasca como una *mimesis reactiva* al papel desempeñado por el Ejército en la vertebración franquista de la Nación Española. Pues, en definitiva, un análisis de la historia de ETA ⁷ muestra que una definición mínima de la organización con pretensiones de validez para todas las distintas ETAs que han existido desde 1959 hasta hoy tendría que limitarse a dos únicos rasgos caracterizadores: la *independencia* de Euskadi como objetivo final y el recurso al *activismo violento*. Toda su evolución ideológica (desde el etnismo lingüístico al marxismo-leninista-

⁷ ef. GARMENDIA, JOSÉ MARÍA, *Historia de ETA* (2 vols.), San Sebastián, 1979; GIL-HIITZ JÁUREGUI, *Ideología...*; IBARRA, PEDRO, *La evolución estratégica de ETA (1963-1987)*, Donosti, 1987; RINCÓN, LUCIANO, *ETA (1974-1984)*, Barcelona, 1985; BRIINI LIJICI, *ETA: Historia política de una lucha armada*, Bilbao, 1987, Y GIACOPIJCCI, GIOVANNI, *Historia política de una lucha armada (2.ª parte)*, Tafalla, 1992.

mo pasando por todas las variedades del marxismo y el anarquismo) ha dejado siempre incólume su esqueleto dogmático permanente e inalterable: «Euskadi es una Nación, la única patria de los vascos, que alcanzará la independencia por la vía de la violencia»; el inevitable cuestionamiento de alguno de los pilares de este esqueleto dogmático realizado desde los presupuestos teóricos de alguna de las nuevas ideologías asimiladas, o desde consideraciones de carácter pragmático-realista, ha conducido siempre a la expulsión o el abandono de ETA.

Esta evolución teórica -cuyo efecto social más notable ha sido, como ya dijimos, la diversificación ideológica del universo abertzale, su pérdida de unanimidad, con el correlativo desconcierto en cuanto al *contenido* de la identidad étnica vasca- ha tenido como uno de sus principales aspectos diversos cambios en cuanto a la teorización de la violencia, desde el guerrillerismo tercermundista en su versión maoísta, guevarista o fanonista, hasta los más recientes cálculos económicos sobre el capital de cadáveres necesario para forzar la «negociación política», pasando por las más barrocas y descabelladas maneras de articular la lucha armada con la lucha de masas, el activismo violento con la lucha de clases. Pero todas estas «teorizaciones» aparecen claramente como racionalizaciones *a posteriori* que siempre se vedan como tema tabú la puesta en cuestión, el *a priori* indiscutible, de la necesidad y la eficacia de la «lucha armada». *La violencia constituye el acta de nacimiento de ETA y su exclusivo y permanente mecanismo de auto-afirmación. ETA no es una organización política que practica la violencia, sino un grupo armado que racionaliza políticamente sus acciones violentas.* Y en los últimos años ni tan siquiera eso, pues lo que a lo largo de toda su historia ha venido siendo un elevado grado de desajuste, un auténtico foso, entre la teorización guerrillera y la práctica concreta, se convirtió finalmente, coincidiendo con las máximas cotas de activismo, en un paradójico silencio de la teoría.

Curiosamente, hay en algunas de las más sofisticadas teorizaciones etarras sobre la lucha armada una confusa intuición del carácter predominantemente *simbólico* de sus acciones violentas: en su reiterativo intento, digno de Sísifo, por *controlar* las claves de una improbable semántica de las metralletas y la sangre, ETA se pregunta una y otra vez por el *significado* de sus acciones armadas, discute incluso si la «unidad semántica mínima» de la lucha armada es la «palabra»

(cada una de las acciones) o la «frase» (una campaña coordinada de acciones con unidad de intención), especula sobre el papel del entorno y el contexto en la descodificación de sus actos por el pueblo, y patentiza --en el propio estilo neurótico obsesivo de algunos de sus escritos sobre el tema-- la angustia provocada por la inevitable equívocidad y profunda monstruosidad de todo «significante» sangriento.

Los cada vez más escasos fieles de su causa resuelven fácilmente este problema: aun cuando inicialmente se sientan desorientados incluso sobre la autoría de un crimen, sólo tienen que esperar a que Egin o el pope de turno de HB les aclare el quién, el cómo y el porqué. Humpty Dumpty nunca pudo sospechar que había de tener tantos discípulos en Euskadi.

El problema de ETA es que, pese a su voluntarismo, no es ella la que controla la *significación* social de sus acciones⁸.

¿Es posible interpretar la *semio-lógica* de la variable comunicativa establecida entre ETA y el público receptor de su mensaje sangriento? En lo que sigue, presentarnos una hipótesis sobre algunas claves interpretativas de la *necro-lógica etarra* que intenta descubrir al mismo tiempo el porqué de la curva ascendente y descendente del apoyo popular que a lo largo de su historia ha tenido ETA.

3. La frontera de la muerte y el Proceso de Burgos

Lo ocurrido en 1968 tras la muerte de Etxebarrieta, *protomártir* de ETA (a la vez primer mártir y mártir paradigmático), ejemplifica a la perfección tanto la sistemática explotación por la primera ETA de la inferencia «(mtra Franco *luego* a favor de ETA», como el *quid pro quo* subyacente a la inversión de responsabilidades en la génesis de la violencia etarra, a su «naturalización» y a la inauguración de la lógica del martirio. Etxebarrieta, dirigente de ETA que jugó un papel protagonista en la *elección* de la lucha armada por la V Asamblea y que no se recataba de decir que «la lucha no irá en serio hasta

⁸ Por *significación* de las acciones de ETA entiendo, asignando a la palabra su sentido más laxo, el heterogéneo conjunto de *reacciones simbólicas* que suscitan: desde las respuestas emotivas y sentimentales más o menos inconscientes y espontáneas hasta las posturas activas, explícitas y comprometidas a favor o en contra, pasando por las actitudes éticas y los juicios políticos, tanto íntimos y privados como públicos y manifiestos.

que haya muertos», *eligió* pegarle un tiro al guardia civil Pardiñas cuando éste comprobaba la documentación del coche en que viajaba, tras lo cual fue ametrallado por el compañero de éste último. La «versión canónica» de los hechos *ad usum populi* fue que la Guardia Civil había matado a un miembro de ETA, a un patriota vasco, a un militante anti-franquista: no sólo se «olvidó» que fue Etxebarrieta el primero en matar (que fue ETA la que volvió a introducir deliberada y voluntariamente la Muerte en la contienda política), sino que pronto se «olvidó» hasta la existencia de su víctima, el guardia Pardiñas, con lo que, convertido ya el homicida en víctima y mártir, su sangre pasó a reclamar venganza y ETA pudo presentar el asesinato del conocido torturador Manzanas (*proto-victima* elegida por su «significado objetivo» en cuanto símbolo de la represión ejercida por un Estado policial) como una *reacción* a la violencia franquista.

La liturgia de «funerales-manifestaciones» que siguió a la muerte de Etxebarrieta, el crucial papel del clero abertzale en la elaboración y difusión de la «martirio-lógica» etarra, y los efectos multiplicadores de la represión indiscriminada desatada tras la muerte de Manzanas, constituyeron el *ensayo general* de una dinámica socio-simbólica que en los años setenta y ochenta iba a repetirse, perfeccionada e incrementada, hasta la saciedad.

Aunque ETA como organización llegó diezmada y prácticamente disuelta al Proceso de Burgos, la magistral escenificación propagandística que allí y entonces supo orquestar supuso su auténtica *refundación simbólica*, cuyo dilatado fruto orgánico, político, ideológico y sangriento iba a recoger en las próximas décadas. El esqueleto dramático de aquel Ritual en el que ETA forzó al franquismo a revitalizar su criminal origen estuvo presidido por la Muerte, *la Muerte como frontera entre Franco y ETA* convertidos en polos extremos, en representantes paradigmáticos, ante el pueblo ritualmente interpelado, de una oposición irreconciliable («Nosotros»/«Ellos») que obligaba a elegir bando, a tomar partido.

El Juicio de Burgos establece y difunde una *estructura simbólica primigenia* que constituye la matriz originaria asignadora de sentido a la violencia etarra para los distintos individuos y grupos del País Vasco, de España, e incluso de Europa. A partir de entonces –y con distintas variaciones a lo largo del *tiempo*--la «significación» de ETA y sus acciones aparecerá diferencialmente definida (ante los nacionalistas vascos por una parte, ante los antifranquistas por otra) a tra-

vés de una doble vía: por aquellos a lo que se opone (Franco) y por aquello que suscita (la revitalización de la comunidad abertzale). El mayor o menor peso de uno u otro polo, su combinación variable y su respectiva evolución, determinan la variable «significación de ETA» para los distintos individuos y grupos.

Para los españoles antifranquistas y de izquierdas (induidos los vascos no-nacionalistas o sólo tibiamente abertzales) ETA significaba o representaba, principalmente, lo más radical y consecuente de la oposición al fascismo, lo más cercano a la realización del generalizado anhelo de «matar al tirano» (real o simbólicamente). Desde esta perspectiva –**que** permite a ETA beneficiarse de toda la simbólica cristiana del *tiranicidio* y de toda la épica revolucionaria de la guerra civil- lo que define el «significado» de sus acciones es, sobre todo, la personalidad de *sus víctimas*, sus supuestas «características objetivas». Aunque desde sus orígenes ETA mata civiles inocentes (e incluso se plantea muy pronto –**sin** esperar a Solaun, Pertur y Yo-yes- la eliminación de militantes «traidores») sus víctimas paradigmáticas, que borran de la conciencia y la memoria sus cada vez más frecuentes «errores», son policías y militantes (Manzanas y Carrero), es decir, *metáforas de Franco*, *metonimias del Estado militar-policial*, *símbolos de la ilegítima violencia fascista*.

Para los vascos nacionalistas, ETA significa o representa, *además*, el testimonio más inequívoco y radical de que «Euskadi, la Patria, sigue viva e indómita». Para la Comunidad Abertzale regenerada en torno a ETA, tan importante o más que sus víctimas son sus *mártires*: los presos de ETA, y sobre todo sus muertos, son «testigos» irrefutables de la realidad, la importancia, la grandeza y la bondad (la *sacralidad* en suma) de la Causa Vasca. Los mártires de ETA no sólo suscitan la adhesión ético-fideísta a su proyecto político («la Causa de estos hombres *debe ser* hermosa, justa y noble, puesto que tan heroicamente luchan por ella hasta su muerte»), sino que obligan a sus familiares, amigos, vecinos, etc., que no quieran incurrir en la suprema injuria de privar a sus muertes de todo sentido y justificación, a creer firmemente y proclamar que aquello por lo que entregan sus vidas (Euskadi, la Cultura Vasca, la Identidad Nacional reprimida, etc.) no es un mero fetiche ideológico, una frágil entelequia, un vaporoso sueño, sino la más indiscutible realidad, algo tan sólido, tangible y material como la tierra que se pisa. Cada etarra preso o muerto, cada nuevo mártir, cada nuevo mililitro de sangre abertzale derra-

mada aumenta el número de conversos al nacionalismo, fortalece la fe de los creyentes tibios, difunde la alucinación abertzale, materializa el sueño: incrementa en suma la densidad ontológica de Euzkadi, amasa la Patria con cadáveres, sangre y dolor.

Que éste y no otro es el *sustrato de la etnicidad vasca* para el abertzalismo radical lo confiesa sin ambages Beltza en *Nacionalismo vasco y clases sociales* (Ed. Txertoa), cuando tras constatar la actual «carencia de estructuras de vivencia vasca» escribe: «lo que ha habido y está habiendo no es una conciencia inmediata de estar viviendo en una sociedad vasca, sino todo un proceso de autodescubrimiento en cuanto grupo nacional, un proceso ligado a la edificación conceptual y vivencial de una identidad colectiva. Poco a poco, el nacionalismo ha ido definiendo unas bases de comprensión de lo que hoy son nuestros motivos de orgullo colectivo, de nuestros comunes enemigos, de formulación de unos ideales de fraternidad nacional. Pero, *sobre todo y ante todo, las experiencias y los sufrimientos comunes* por la causa patriótica han creado unas bases muy amplias de solidaridad y entendimiento mutuo... cuya significación se agudiza debido a entrar en un *contexto de actividades y persecuciones que son el pan nuestro de cada día*».

La Causa vasca se ha vuelto sinónima de las luchas por su causa, que no necesitan ya, por tanto, ser justificadas, en cuanto medios, por aquel Fin; muy por el contrario son ellas, convertidas ya en fin autónomo, las que justifican su presunto Fin, la Causa misma.

3.1. *Martirio-lógica*

Tanto en la exégesis simbólica de la «martirio-lógica» etarra como en su arraigo y difusión popular desempeña un papel crucial el clero vasco y su particular *catolicismo abertzale*. Esta función ha sido doble: práctica y organizativa por una parte (como vivero de militantes de ETA y de todo su complejo entorno asociativo), ideológica y ritual por otra.

La perdurable alianza anti-ilustrada de la Iglesia vasca con el carlismo primero y el nacionalismo después experimentó en los años sesenta, bajo los efectos de la radicalización «teológico-populista» posterior al Concilio Vaticano II, una inflexión mesiánico-milenarista que puso la teología cristiana de la muerte y el sufrimiento salvíficos al

servicio de la *martirio-lógica* abertzale revolucionaria. La metamorfosis moral de la libre elección del asesinato político en sacrificio reductor, el embellecimiento de la decisión de matar como oferta altruista de la propia vida por el bien del Pueblo, se convirtieron pronto en el *mensaje simbólico nuclear* difundido a través del *proceso ritual católico-abertzale* programado en torno a cada muerto de ETA.

La posterior politización abertzale de las fiestas profanas «neo-tradicionales» inventadas durante la transición, así como los variados *rituales propagandísticos* esmeradamente programados por las organizaciones del entorno de ETA para multiplicar el eco de sus acciones, han girado asimismo básicamente en torno a la figura publicitaria del etarra mártir. No obstante, pese a estas innovaciones desarrolladas con la democracia, la apoteosis simbólica de esa figura «ejemplar» generadora de adhesiones religiosas y seguimiento práctico continuó produciéndose en *los funerales*⁹: el principal carburante de la reproducción orgánica de ETA y de la mística abertzale que la alimenta han sido sus propios muertos, la explotación cristiano-revolucionaria de la lógica del martirio.

3.2. Víctimas

Sus víctimas y sus mártires, el valor simbólico adjudicado a unas y otros, ha sido el punto de partida de la doble vía mayoritariamente seguida para asignar uno u otro *sentido* a las acciones de ETA. De ahí que los indudables cambios registrados en su «significación» para sectores crecientes de la población vasca obedezcan en buena medida a un importante cambio en las características objetivas y en las connotaciones simbólicas de sus víctimas.

Durante los largos y difíciles años de la transición democrática en el País Vasco, ETA, confusamente consciente de lo mucho que necesitaba al «franquismo» y a su violencia des-legitimada como espejo frente al cual definirse, puso todo su empeño en una estrategia «rupturista» y desestabilizadora del frágil y vacilante proyecto democrático y autonómico: su apogeo criminal, 242 muertos, lo alcanzó en 1978, 1979 y 1980, años de aprobación de la Constitución y el Es-

⁹ cf. ARETXAGA, BEGOÑA, *Los funerales en el nacionalismo radical vasco*, San Sebastián, 1988.

tatuto, y de celebración de las primeras elecciones democráticas. Los residuos franquistas del Aparato Estatal, la inercia fascista de la Policía, la amenaza golpista del Ejército, la perduración de las torturas, la torpeza de una represión global y poco selectiva, la actividad criminal del CAL, etc., fueron factores que, estimulados y manipulados por ETA, le permitieron conquistar, hasta mediados de los ochenta, el mayor *capital ideológico y simbólico* de que ha gozado a lo largo de toda su historia: *la conversión del rechazo a las Fuerzas de Orden Público* (hasta el punto extremo de desear, justificar o, cuando menos, disculpar y «comprender» su muerte) en *criterio de etnicidad* de la Comunidad Abertzale.

Sin embargo, en los últimos años, la consolidación de la Democracia, la legitimación peneuvista del Estatuto de Autonomía, la formación de la Ertzantza y, *sobre todo*, su participación efectiva en la lucha antiterrorista, al borrar o difuminar la pasada imagen nítida del *txakurra* como encarnación paradigmática del enemigo «franquista», y al volver contra ETA un nuevo polo de *violencia estatal mayoritariamente legitimada*, han ido introduciendo una creciente zona de ambigüedad y oscuridad entre ETA y sus «víctimas-espejo» que ha terminado por ofuscar y debilitar la función étnicamente discriminadora de ese criterio demarcador.

A ello ha contribuido también poderosamente la creciente ampliación del espectro ideológico y social de las víctimas de ETA, su progresivo alejamiento del prototipo inicial (metáforas de Franco, metonimias del Estado fascista), su final indefinición simbólica. Paradójicamente, este debilitamiento simbólico de ETA —que ha provocado el distanciamiento y la condena de quienes asignaban *sentido* a sus acciones por la vía de la «significación objetiva» de sus víctimas— es una consecuencia del aumento de sus militantes y del fortalecimiento de la organización: el incremento cuantitativo del número de víctimas va acompañado de una ampliación de los «frentes» en que interviene (Lemóniz, narco-tráfico, Autovía, etc.), de un aumento de los «errores» y de las acciones de pura supervivencia organizativa («impuesto revolucionario», secuestros y asesinatos de empresarios, etc.), de una pérdida inevitable en la «selectividad» de sus acciones, de una tendencia a la facilidad y a la disminución de riesgos.

Es la propia ETA la que, poco a poco, pasa de considerar fundamental la «culpabilidad objetiva» de sus víctimas (su adecuación al «prototipo militar-policial») a postular implícitamente la irrelevan-

cia de su inocencia, ¹⁰ cual conlleva una *reversión subjetiva* del significado de sus acciones, que pasan a ser definidas exclusivamente por la identidad de su *autor*. La percepción simbólica de las víctimas de ETA por parte de quienes siguen aplaudiendo o disculpando sus crímenes atraviesa cuatro fases principales: inicialmente se juzga la idoneidad culpable de la víctima con arreglo a criterios o signos «objetivos» (profesión, uniforme, militancia política, conducta conocida, etc.); luego se procede *afabricar* la culpabilidad de la víctima como preparación publicitaria de su ejecución (pintadas, amenazas, etc.: auge del asesinato de supuestos chivatos, traficantes, «traidores»); más tarde *se deduce* la culpabilidad de la víctima del hecho de que ETA la haya matado («¡algo habrá hecho!»). Finalmente, cuando ETA acumula entre sus víctimas mujeres, ancianos y niños «que pasaban por allí», la culpabilidad o inocencia de los muertos, sus concretas características, se declaran irrelevantes; sólo su número importa: completamente des-cualificadas, *las víctimas sólo alcanzan «significación» en virtud de su cantidad, como indicio o muestra de la fuerza de ETA* (jaleada por el espeluznante grito: «¡ETA, mátalos!») ¹⁰

3.3. Tecno-lógica

Esta des-cualificación de las víctimas, que bloquea una de las vías tradicionales de asignación de sentido de las acciones de ETA, va acompañada de una evolución tecno-lógica que tiene importantes efectos inhibitorios en la «martirio-lógica» anteriormente descrita.

La inversión de la dialéctica entre medios y fines que la «lógica de la técnica» suscita estimuló, en los primeros años de la transición, el *quid pro quo* que condujo a percibir la violencia etarra como un hecho inevitable: puesto que nunca ETA tuvo tantos militantes, tafl-

¹⁰ Son múltiples los síntomas de la progresiva asunción por ETA y su entorno de la irrelevancia de la víctima para el «significado» de sus acciones: los comunicados sustituyen las explicaciones por la mera contabilidad, los escrúpulos que le impidieron reconocer como propia la masacre de la calle Correo desaparecen a la hora de reivindicar la barbarie de Jlypercor, la oculta y vergonzante eliminación de Pertur se convierte, diez años después, en pública reivindicación del asesinato de Yoyes, las acciones indiscriminadas se multiplican y ya no hay grupo de edad, sexo, profesión, clase social o ideología política que no haya aportado su cuota al capital de cadáveres acumulado por ETA.

to dinero y tantas armas, hubo que encontrarle un fin, la alternativa KAS, a tantos medios.

«Hay que dar pedales constantemente para que la bicicleta no se pare», decía al parecer Pakito antes de descubrir que el movimiento perpetuo se garantiza aún mejor poniéndole un motor al vehículo y accionándolo electrónicamente a distancia. Sin embargo, el perfeccionamiento técnico de las acciones de ETA (los coches-bomba, los medios electrónicos, el control a distancia, etc.) aumenta su eficacia mortífera y protege la seguridad del autor, pero tiene un elevado precio simbólico y moral: al aumentar la distancia y las mediaciones entre ejecutor y víctima no sólo intensifica la descalificación de ésta y aumenta las posibilidades de efectos no deseados, sino que además incrementa el carácter despiadado, inasumible, de las acciones y, sobre todo, altera gravemente la imagen del etarra. Al disminuir el riesgo que éste corre, ya no aparece como alguien que se juega la vida en cada acción, que la sacrifica por la Causa, sino como alguien que toma muchas vidas ajenas sin riesgo de la propia: el que antes comparecía como un «guerrillero romántico» aparece ahora como un frío profesional del crimen, bajo la máscara del antiguo *mártir* aparece ahora el rostro de un *mafioso*.

A los difusores de la mística católico-abertzale, a la exégesis cristiano-revolucionaria del mártir altruista sacrificado por su pueblo, le resulta cada vez más difícil presentar como «testigos» y como ejemplo a burócratas del crimen y la extorsión que, desde un chalet con piscina, controlan con ordenador a profesionales del asesinato de niños con mando a distancia.

Progresivamente desactivada la «martirio-lógica» que daba sentido a ETA y sus acciones ante amplios sectores de la Comunidad Abertzale, sin muertos con los que renovar el carisma sacramental de la Causa, con los presos obligados por la propia ETA a seguir en prisión como excusa para seguir matando, los únicos resortes simbólicos que en los últimos años han seguido vivos en el entorno etarra son la seducción por la fuerza, por el «poder fáctico» derivado de las armas, y las múltiples metamorfosis del miedo: ambos resortes han vivido de un *mito*, el mito de la invencibilidad de ETA, de la imposibilidad de acabar con ETA por vía policial, que ha empezado a resquebrajarse tras la detención de su aguerrida cúpula dirigente escondida en el hueco de la escalera junto al cubo de la basura.

Plenamente consciente del total fracaso político de ETA, el único sentido que su menguado entorno asigna a sus acciones (forzar un diálogo que la convierta en sujeto de su propio final, lograr un cierto grado de reconocimiento «político», conseguir la libertad de sus presos) descubre que, hasta para ETA Y su pequeño reducto de fieles, *la única «significación» de la violencia actual es que rememora el perdido sentido de la violencia pasada.*

Lo que, en diferente grado, se juegan ETA, HB Y la Comunidad Nacionalista en general en el modo como, antes o después, se termine con ETA -*final dialogado o final policial*- es, ni más ni menos, que el reconocimiento o el repudio de que «en el pasado» (¿hasta qué fecha?) sí tuvo algún sentido, justificación y legitimidad la violencia etarra, pues fue un efecto de la opresión nacional de Euskadi. En la medida en que ETA ha sido el fermento regenerador del Movimiento Nacionalista Vasco, obligado desde los años sesenta a definirse por referencia a ella, la escenificación y representación simbólica de su final es de una extremada trascendencia práctica e ideológica.

Lo que, en definitiva, se halla en juego en ese final es si, en el pasado y/o todavía, la violencia de ETA es sólo un síntoma del «problema vasco» o el problema vasco mismo.